



JUSTO SIERRA.



JUSTO SIERRA

AYER fui presentado á Justo Sierra, y . . . perdonad esta ingenua confesion de ranchero . . . no le encontré como me lo habia figurado.

Allá, por los años en que era novelista Juan A. Mateos, y cuando el buen Julian Montiel aún escribía versos, llegó rodando hasta mi aldea un número del periódico intitulado *El Renacimiento*, y en éste, algunas hojas de una novela que, si mal no recuerdo, tenia por nombre «El Angel del Porvenir.»

Cautivado (en los pueblos nos cautivamos con muy poca cosa) con el estilo de aquellos párrafos, fuíme á leérselos al cura, y me dijo:

—¡Ah! . . . ¡ah! . . . ¡ah! eso está escrito por un jóven á quien puede llamarse el poeta del porvenir. Ya

lo conocerás, ya verás su espesa melena cuando vayas á la Babilonia de la República.

—¿Y qué es Justo Sierra? le pregunté.

— Es una esperanza de la patria, y en estos momentos el primero de los poetas que colaboran en *El Renacimiento*.

Mi cura era muy tolerante.

Ustedes se podrán imaginar cómo me figuré al poeta yucateco.

¡Más me hubiera valido no hablar de él nunca! Ayer mi decepcion fué horrible.

Cuando me llevaron á conocerle, estaba leyendo con interes una entrega en cuyo forro amarillo aparece un grabado que representa á un hombre medio desnudo, barbon y escaso de pelo, con una copa en la mano en actitud de brindar y rodeado de unos cuantos *ensabanados*, como dijo el otro.

Sobre el grabado leíase con enormes caracteres: EL POSITIVISMO.

No pude entónces sofocar mi curiosidad de saber qué representaba la escena á que he aludido, y lo pregunté á mi Mentor:

— ¡Es Sócrates! bárbaro.

Y yo habia creido que era D. Matías Romero, por la perfecta semejanza de aquella cara.

Sócrates— me dije para mis adentros— á quien Augusto Comte ha llamado *discursista vulgar*, ¿puede figu-

rar por antojo del Dr. Parra en la portada de un semanario positivista?

Así ha quedado San Agustín, pisando á los herejes sobre la puerta mayor de la Biblioteca Nacional.

Pero no nos desviemos de nuestro relato: presentáronme al Sr. D. Justo en los momentos en que estaba rodeado de algunos personajes, que por apuestos, buenos mozos y vestidos de nuevo, comprendí al instante que debian ser redactores del periódico *más grande y de más circulacion* de cuantos salen en la capital.

Mucho tiempo permanecí escuchádoles. . . . hablaban bien. . . . muy bien. . . . ¡extraordinariamente bien!

Pero á mí me llamaba la atencion principalmente mi hombre, aquel á quien desde mi pueblo ansiaba conocerle y darle un abrazo.

¿Un abrazo? ¡imposible! mis brazos, ni siendo de *caoutchouc*, alcanzarian para tanto. Hoy está grueso, y poco le falta para igualar en obesidad á Alejandro Dumas, padre.

Su espesa melena, que segun me dicen, fué negra como el ala de un cuervo, tiene hoy partes en que parece que la ha teñido con albayalde. Bajo una frente amplia y abultada, se ven hundidos los ojos que ya no relampaguean sobre las páginas del Tasso. Las facciones toscas; pómulos salientes y delineados como todos los pómulos yucatecos, es decir, como los de Peniche, de Castellanos y de Pancho Sosa. . . .

Su cútis es blanco cargado de rojo, como todas las carnes que pinta Ocaranza, y su barba está más llena de harina que el pelo. ¡Ay! me dije, el volcán se ha cubierto de nieve por dentro y por fuera. . . .

Del exterior, se van encargando los años; del interior, hace tiempo que se ha enseñoreado la filosofía positiva!

¡Nieve por todas partes!

¡Qué frío tan intenso y tan constante!

Después de que se separó de aquel grupo un joven muy inteligente, que para cada chiste hace cien gestos, y que, según se me aseguró, fué en un tiempo colaborador del *Domingo* con el pseudónimo JUNIUS, tomaron los demás sus sombreros y se marcharon por diversos rumbos.

Ahora sí, me dije, voy á hablar á solas con el poeta; y haciendo un esfuerzo de valor supremo, abrí la boca y expuse los deseos que desde hacia tiempo abrigaba de conocer al autor de « Playeras, » « El canto de las Hadas, » « Nocturno, » « Miriam, » « El Ángel del Porvenir, » « Piedad, » « Confesiones de un pianista, » etc., etc....

Para mí, los olanes en que duerme el ámbar, los cíclopes de la luz que en lo infinito con suprema efusión se dan la mano, y aquel genio atribuido á Shakespeare, que soportaba *treinta y cinco medidas de gigante en su talla divina*, eran cuestiones de poca monta. ¿Quién no ha dicho en su primera juventud eso y más al desbordarse las impresiones del alma en torrentes de endecasílabos?

De Justo Sierra pudo decirse como de Iceo dijo Ho-

racio: *Torrentior Iceo!*. . . . ¡Era Torrentoso! Pero si secáis el Océano y queréis volver á llenarlo con el inmenso chorro que producen al despeñarse juntos el *Erie* y el *Ontario*, no busqueis más la catarata del Niágara.

Sierra midió sus versos con ese compás sublime que no puede encontrarse en los estuches de matemáticas que vende De Gress á cincuenta pesos (he escogido los más caros), y vació en ellos sentimientos que no se traen en cajas de terebinto, como los abanicos de marfil que construyen los moros, sino que se desarrollan y viven dentro del corazón.

¡Ah! como ya os he dicho, mi decepción fué horrible! . . . Aquel soñador de 1868 y 69, aquel héroe de las veladas literarias dadas por Martínez de la Torre, por Riva Palacio y por Altamirano, ha muerto ya, ha muerto desde hace mucho tiempo.

Cuentan que un inglés, que jamás había salido de Londres, ni conocía los pericos, llegó á Veracruz, y en busca de un hotel se internó en la ciudad.

Caminaba dirigiendo miradas investigadoras á todas las puertas, cuando un loro, volando desde un balcón, vino á posarse en la banqueta, casi á los pies del hijo de Albion.

Los vivos colores del plumaje del animal, la figura de su pico y la mansedumbre que demostraba, llamaron la atención del viajero á tal grado, que se detuvo y se inclinó extendiendo la mano para tomar al pájaro.

Iba ya á asegurarlo cuando el loro, retirándose pausadamente con ese aire zalamero que suele tomar en las ocasiones solemnes, dijo:

—Lorito, ¿eres casado? ¡Ay, qué regalo!

El asombro del britano fué terrible; retrocedió como si hubiera visto á una serpiente, y quitándose ceremoniosamente el sombrero, exclamó dirigiéndose al perico:

—Perdone vd., caballero; yo creí que era vd. pájaro!

¿Quién no ha oído en la República hablar de Justo Sierra como poeta? ¿Quién no ha sentido el entusiasmo con alguna de las odas del poeta campechano?

Se desea conocerle, oír al vate inspirado; se le encuentra, se le habla; pero si por desgracia está en un período de positivismo, si en vez de hablar del Dante, de Shakespeare, de Milton, de Tasso, del Petrarca, á quienes tan bien conoce, diserta sobre Augusto Comte, Stuard Mill, Bain ó Spencer, entónces hay que dar un paso á retaguardía, descubrirse ceremoniosamente y exclamar como el inglés del cuento:

—Perdone vd., caballero; yo creí que era vd. pájaro!

Justo Sierra es un literato retirado á la vida pública, es decir, á la política; es un poeta metido en «camisa de once varas;» digo, en el positivismo.

Como aquellos dos principios que segun las construcciones mythicas de la religion de Zoroastro, personificados en Ahouramazda y Angromainyous, luchan eternamente disputándose la influencia en la humanidad, así

en Justo Sierra hay dos fuerzas que se disputan su espíritu: la poesía y el positivismo, Víctor Hugo y Spencer; fluctúa, vacila, tiene intermitentes «perniciosas»; pero no puede jamas decirse en ese combate, como dijo Víctor Hugo:

—Esto matará á aquello.

Esta es una especie de bigamia espiritual, para la cual le sobra á Justo inteligencia y vigor; y ya se sabe que la bigamia en el mundo va proscribiéndose, por cuestiones de economía y de tranquilidad domésticas.

*

Justo Sierra tiene una inteligencia privilegiada, una inspiracion fecunda y vigorosa, y una rica y variada erudicion. Guillermo Prieto y Sierra son, entre nuestros contemporáneos, en México, los dos poetas cuyo estro está templado para la epopeya; pero Guillermo resbala en la economía política, y Justo se embarranca en la filosofia.

Sierra debe ser un gran poeta, y esos que se señalan como los defectos de sus versos, son las señales de lo aventajado de su talla.

Esas «cataratas de soles,» y esa «clámide constelada,» y «las treinta y cinco medidas de gigante,» y el hablar siempre de colosos y de titanes, y del infinito, prueban

que en el molde de su inteligencia no se engendran las concepciones raquílicas.

No queremos lisonjear su vanidad ni establecer comparaciones que le embriaguen; pero todos los grandes poetas han tenido esa tendencia; todos ellos, como nuestros antepasados en la humanidad, han visto esqueletos de gigantes en los fósiles del megaterio.

Dice D. Fernando S. Brieva y Salvatierra en su introducción á las tragedias de Eschylo, que tradujo tan bien al castellano:

« Eschylo es el poeta de la energía y de la fuerza. De « pensamientos gigantes y formas descomunales, más « que á lo bello, aspira á lo sublime; más que la gracia « de los contornos, busca lo atrevido y extraordinario de « la expresión; es como el Miguel Ángel de la tragedia « clásica. Carece de la corrección de líneas de Sóphocles, « y no tiene la elegancia de Eurípides; viviendo en la es- « fera de los misterios religiosos, para expresar cosas que « pasan de lo humano, busca también lenguaje sobrehu- « mano, aquellas palabras larguísimas, *sexquipedalia verba*, « que dice Horacio. Él acumulará metáfora sobre metá- « fora, imagen sobre imagen, para llegar á la cima de su « pensamiento, como los Titanes amontonaban monta- « ñas para llegar al empíreo. No siempre es exacto en la « expresión poética; pero siempre atrevido, brillante y « gigantesco. . . . El poeta que pinta á los montes « ar- « rojando de sus sienas torrentes de espuma » y « devo-

« rando los campos con mandíbulas de fuego, » seméjase « mucho al que, hablando de profunda caverna, la llama « negra boca por donde

« el monte melancólico bosteza. . . .

« pero así sólo escriben los grandes maestros. »

Este párrafo, trazado por mano diestra, aclara la idea expresada, mejor que cuanto comentario pudiera yo hacer.

Justo Sierra, naturalmente y sin afectación, piensa, siempre que escribe versos, en gigantes y en colosos y en titanes; no parece sino que se nutrió, en sus primeros años de educación, con las tradiciones chaldeo-babilónicas de Beroso, con los relatos del Génesis, con los comentarios del Padre Calmet, con la Gigantomaquia y la Titanomaquia helénicas, con la guerra de los Aloades contra los dioses, ó cuando ménos con la historia de los « Doce Pares de Francia, » por el arzobispo Turpin, en donde andan á las vueltas Fierabras y Floripes.

Como Mr. Lenormant, el famoso arqueólogo é historiador orientalista, Justo Sierra es un campeón del relato bíblico de Moisés; no por supuesto en la parte geogénica ni theúrgica, sino como antigüedad y autenticidad del monumento. No pasa á Jacoliot, y le llama mentiroso y charlatan, no tanto por los prodigios que atribuye á la fuerza magnético-animal, como porque sostiene que los Vedas son la fuente de todos los libros sagrados, persas, egipcios, búdicos y judíos, y porque cree que el Penta-

teuco fué escrito despues de la cautividad de los israelitas, cuando Justo lo admite contemporáneo de los libros chaldeo-egipcios.

*

Sierra comenzó á escribir una gran novela: « El Angel del Porvenir; » le llamo « grande » porque me sospecho que tal fué la intencion de su autor; pero sólo se exhibió al público una pequeña parte: ello es que el « ángel » quedó « por venir, » y aun hoy mismo no se puede afirmar que Sierra sepa quién iba á ser el « Angel; » quizá el editor.

Justo ha escrito una comedia, porque, ese teatro, ese teatro, tiene todavía que causar grandes perjuicios á las mejores famas literarias.

Pero, señor, ¿no puede un hombre tener talento y no escribir comedias? Pues ello es que se ha creido que no, y hasta el pensador Renan escribe dramas, el « Caliban » y la « Agua de Juvencio; » por supuesto, dice que no se pueden representar, que no se prestan á ello; aquí era de contestarle como en « Los Polvos de la Madre Celestina » dice maese Chirinela:

Ya miraba yo y temblaba
sin que usarcé lo dijera.

La comedia de Justo no era comedia sino drama, y tenia parte en ese delito literario Enrique Olavarría. Se intitulaba « Don Fernando el Emplazado, » y el título dice el argumento, que siempre era mejor que el de « Torquemada, » de Víctor Hugo.

« Don Fernando el Emplazado » fué escrito para poner en juego escénico eso que se llama entre bastidores « los espectros luminosos » (perdonen los físicos; pero así les llaman), y dar un gran espectáculo.

Como es de suponerse, los desdichados Carvajales andaban siempre bajo el foro, ¡eran muertos! El Dr. Paredo dijo que era una tragedia subterránea; el fenómeno de óptica no se produjo; pero aplaudieron al autor, y la pieza no volvió á representarse. Esto dependió de que el público era escaso y todo de confianza. Sierra habia realizado el deseo de Sócrates, cuando calificaron de pequeña su casa: « ¡Ojalá, contestó, que pudiera llenarla de verdaderos amigos! » El rey D. Fernando hablaba en Víctor Hugo, y en Víctor Hugo los Carvajales: era en los dias en que Justo estaba entusiasmado con el estilo del autor de « Los Miserables. » Quizá hoy los Carvajales hablarían en Spencer, y D. Fernando resultaría positivista.

¿Por qué Justo no se dedicará más bien á escribir un poema?

A pesar de todo y de qué ya estamos escarmentados de llamar á muchos « esperanza de la patria, » y despues resultan desesperacion, todavía esperamos mucho de Sier-

ra, sobre todo si de sus principios positivos se decide por el de que «positivamente debe dedicarse á la literatura, hacer muy buenas odas, y dejar lo demas para quienes eso no puedan hacer.»

